

Don Quijote de la Mancha

PERIÓDICO INDEPENDIENTE

AÑO I

Núm. 45

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

(PAGO ADELANTADO)

En la capital al mes..... 1 peseta
Fuera de la capital trimestre..... 3 pesetas

Anuncios y comunicados á precios convencionales

DIRECTOR-PROPIETARIO

D. EMILIO BERNABEU Y NOVALVOS

CIUDAD-REAL 3 DE DICIEMBRE DE 1902.

DIRECCIÓN Y ADMINISTRACIÓN

CALATRAVA, 19

SE PUBLICA

LOS MIÉRCOLES Y SÁBADOS

SERVICIOS MUNICIPALES

EL MERCADO

Realmente no merece nuestro mercado actual considerarle como uno de los servicios municipales, sino todo lo contrario, pues hace mucho tiempo que con buena voluntad, perseverancia y fé inquebrantable, acaso se elevará otro, sino como los de Madrid, al menos semejante, estando su caída en relación de las necesidades de nuestra ciudad.

Bajo cualquier punto de vista que se considere lo que hoy malamente se llama mercado, sale muy poco airoso el buen nombre de Ciudad Real y no muy bien parado el celo del Municipio y el interés de su gestión á través del tiempo, pues se han sucedido los Ayuntamientos, unos alcaldes sustituyeron á otros y la plaza ó mercado sigue en el mismo sitio, los artículos hacinados sobre el suelo sin la menor escrupulosidad, como en el más ínfimo villorrio.

Por otra parte, el solar que se pensó dedicar á construir en él el nuevo, mejor dicho, el único mercado, la única plaza de abastos, sigue en el mayor abandono, inservible, siendo un capital muerto.

Lo que sirve hoy de mercado, el centro de la plaza de la Constitución, el duro suelo es sucio, nada favorable á la salud, enemigo de limpieza é impropio de una ciudad en donde sus necesidades y sus exigencias piden otra cosa con sobradísima razón y perfecto derecho.

No se censura á los hombres, no se juzga maliciosamente ni se ataca otra cosa que su pasividad, por una parte, y por otra, su falta de resolución é iniciativa, para como última resolución disparar el postrer cartucho, hacer la prueba definitiva, el esfuerzo que decide el asunto, y sin acudir al empréstito, pues no hay en Ciudad Real el suficiente valor cívico ni el preciso amor local para dar el dinero—que tal vez bien manejado reditúe un tanto no despreciable—con tan plausible objeto, buscar la solución salvadora en algunos de los medios que están al alcance del Municipio, y se lleve á cabo el establecimiento de un mercado que es de imperiosa necesidad, bajo el triple aspecto de la utilidad pública, el ornato y la higiene.

EL LIBRO

Tus claros ojos lo saben, celebrada montañesa, tus ojos, duro tormento á pintores y poetas.

—¿Cuántas veces, tomeroso, de amor el alma sedienta, en pos de nuevos desdenes gané el umbral de tu puerta!

—¿Cuántas, como vil mendigo harto sólo de asperezas, perdida toda esperanza, vagué por la misma senda!

—¿Cuál esclavitud más ruda, dónde más alta quimera que ésta de vivir pensando por mujer libre de penas?

Una tarde—tú, bien mío, quién sabe si lo recuerdas—cercano me vió el otoño á los hierros de tu verja.

Sol poniente, mansa brisa, ecos del mar y la selva, lejos el hervor mundano que vanos pesares siembra.

Y en el escondido huerto, trono de las hojas secas, tú, flor siempre codiciada, leyendo en un libro atenta.

—«Pues de mujer tan esquivada así el ánimo sujeta, feliz—clamé—el inspirado que tal libro concebiera.

—¿Qué pasión late en sus hojas? ¿guerra amores, canta guerras, ó, paladín de la muerte, livianas pompas condena?

Himno de amor ó piegaria, bélica ó pia leyenda, celos tengo del artista y de mi nimen vergüenza.»

Después los ojos al cielo te ví alzar, y con voz trémula brotando fué de tu boca vaga canción de ternezas.

—¿La canción de mis pesares! hija triste de las nieblas; mariposa que en tus labios vida cobró y alas nuevas.

—¿Y á qué soñar rico premio ni envidiada recompensa, si aquella tarde tejiste mi corona de poeta?

LUIS BARREDA.

CUENTO

TENTACION

(Conclusión)

El coro, que había comenzado, enviaba ráfagas de sonidos graves, que huían por el oscuro claustro y se perdían, saliendo por el patio, en el silencio augusto de la noche.

—*Miserere nobis, ómnium!*

—*Misericordia, Señor!*—clamó el trapense como reanimado por llamamiento desesperado.

—¡Eres un hipócrita, fraile!—siguió diciendo ella pasando gallardamente por delante de él, y rozándole alguna vez con la flotante túnica, que dejaba como regueros de sutilísimo perfume. —Ni esos frailes que contigo están, silenciosos como las tumbas que diariamente socavan, ni las mismas paredes de tu recogida celda te conocen. Yo sí te conozco; yo sí sé que eso que llamas tú arrepentimiento no lo es: es hastío del placer gastado tantos años.

—¿Qué sabes tú?

—¡Si lo sé!—replicó la tentadora parándose en firme y mirando terriblemente al atribulado. Yo soy carne y sangre y forma para tí, para tu memoria, y espíritu impalpable para los demás, y como espíritu me filtro y penetro hasta lo más hondo de tu sér... ¡hasta lo más hondo!

Turbóse más aún el trapense al oírlo, porque iba sintiendo que lo que decía era verdad, que allá en los pliegues escondidos de su sér revivía el hombre, como la semilla que forcejea y rompe su envoltura debajo de la nieve unida y fría. Llegaban hasta él como soplos calientes los recuerdos que la visión evocaba, y sentía hervir nuevamente bajo la estameña del hábito las punzantes delicias del pecado.

Y seguía ella envolviéndole en aquel aroma que de su persona se desprendía, mientras nuevamente llegaba por la puerta y se esparcía por el claustro el místico rumor del coro, que sonaba como el clamor de los hombres justos en favor de los hombres extraviados.

—¡Señor!—murmuró el vacilante fraile—¡Perdón por este momento de flaqueza! ¡Sostenme, Señor, ya que yo te he sacrificado juventud y amor!

Probó á levantarse y se quedó de rodillas, con las manos enlazadas, fijos los ojos en la puerta del coro, temblando todo.

—¿Cuántas veces te he visto en esa postura!—susurró en su oído la mujer poniéndose á su lado y envolviéndole más en aquel perfume traidor.—Me jurabas así amor eterno... ¡Eterno! ¿Qué es ahora la eternidad para tí, gusano?

—¡Arriba, sólo arriba está lo que no perece jamás!—contestó el fraile cerrando los ojos y poniéndose en pie.

—Y aquí también...—le dijo quedo la encantadora visión.—Ven, probarás otra vez en mis labios sensaciones no gustadas antes, y te redimirás por el amor... porque también el amor redime...

El brazo de la que parecía incorporárea forma se tendió luminoso sobre el fondo obscuro, y sintió el fraile que una mano que tenía las suavidades de la seda le cogía la suya flaca y tiraba de él.

El heroísmo del soldado que salta sobre un risco empinado y difícil, tiene el aplauso de las multitudes y el premio de la posteridad; pero esos otros combates á solas, sin otro testigo que Dios y la propia conciencia, son infinitamente más meritorios. Gilliat, luchando en la roca con el mar y la tempestad, es más grande que Napoleón jugando su última carta al ver las avanzadas de Blucher.

—¡Déjame, déjame!—gimió el trapen-

se queriendo huir con el pensamiento y la voluntad y pugnando por quedarse, porque á ello le forzaba el deseo.

Y aquella hermosísima tentadora puso sobre los labios del fraile los suyos tibios y dulces... Sufrió el infeliz un estremecimiento, y ya se le llenaban los ojos con aquella luz que de ella fluía, cuando otra vez la ráfaga severamente armoniosa del coro lejano salió por la puerta como el rompimiento de una esclusa, inundando el claustro de oleadas sonoras.

—*Miserere nobis!*

Se desasíó el trapense por un increíble esfuerzo de voluntad, y dió á correr tambaleándose, rompiendo dolorosamente los lazos invisibles que le ligaban á la visión que atrás dejaba, y sintiendo en el corazón el crujido de algo que se rompía definitivamente.

Llegó al coro, y en aquella atmósfera sosegada y quieta, sintiéndose fortalecido por no sé qué consoladoras energías que flotaban en el ambiente místico del templo, se humilló sobre la tierra, apoyó la frente sudorosa sobre la piedra y murmuró con infinito fervor: —¡Piedad para tu siervo, Señor! ¡Nada hay cierto fuera de Ti, porque Tú eres la sola verdad que resplandecerá por los siglos de los siglos!

Y allá, en el claustro obscuro, sobre la piedra dura, cubriéndose el rostro con los soberbios haces de cabello negro, lloraba la luminosa visión la derrota del amor perecedero de la carne por el amor sublime del espíritu.

FEDERICO URRECHA.

El proyecto contra la difamación.

Difamar es gravísimo pecado. Y si á la difamación se consagra el maravilloso invento de Guttenberg, por ese camino se va á la deshonra de la prensa.

Ya se dijo hace días al ocuparse del famoso proyecto patrocinado por el señor Montilla y debido á los medios de defensa ideados por el señor Moret.

Con efecto, atender contra la buena fama, poner en entredicho la honra ajena, escarnecer el honor, injuriar y calumniar por sistema y hábito, cuando no por vil cálculo é infame tráfico, crímenes son que deben ser perseguidos con el mayor rigor en desagravio y defensa de la vindicta pública.

Hasta aquí ningún hombre de bien estará conforme con que se deje en libertad á los difamadores en daño de la libertad misma.

Máxime si se trata de proseguir el «chantaje», de explotar las debilidades humanas, de explotar el miedo al escándalo, de poner precio al silencio, de hacer, en fin, de la difamación «un modus vivendi».

Todas las energías nos parecerán pocas para librar á la sociedad de esta amenza.

Pero con esta cuestión se relaciona otra.

Hay la necesidad de establecer una línea divisoria entre la necesidad de perseguir la verdadera difamación, la publicación de cosas contra la buena